

I

A LA MEMORIA DE TRES MAESTROS DE LAS LETRAS COSTARRICENSES: ISAAC FELIPE AZOFEIFA, FABIÁN DOBLES Y FRANCISCO ZÚÑIGA DÍAZ

El primer trimestre de 1997 trajo a Costa Rica la pérdida de tres importantes figuras literarias: **Isaac Felipe Azofeifa**, poeta, profesor universitario, político de intensa y larga trayectoria social y política; **Fabián Dobles**, conocido y prolijo narrador, también poeta y comprometido con las causas populares, y **Francisco Zúñiga Díaz**, maestro y ejemplo de trayectoria en la promoción cultural.

Un destino de éxito y reconocimiento rodeó mercedamente a Azofeifa y Dobles (premios nacionales, reconocimientos internacionales, publicación de obras completas...), mientras que Zúñiga Díaz murió y murió en una zona modesta de la cultura popular, al margen de los homenajes, aunque bien mereció el Premio Magón (máximo galardón por la trayectoria cultural de toda una vida en Costa Rica) y el Premio de la Prensa. No existió en la prensa nacional interés por él, a pesar de la inestimable labor que realizó. Isaac Felipe Azofeifa y Fabián Dobles, por su longevidad sumamente productiva, pudieron ofrecer a la cultura costarricense una producción que impactó los distintos niveles de la educación. Francisco Zúñiga Díaz fue amado y respetado en el circuito de los discípulos, en los talleres literarios, y partió a los sesenta y cinco años, cuando todavía tenía pendientes numerosos proyectos para la literatura nacional.

De Fabián Dobles y Francisco Zúñiga puede decirse que murieron con el cuerpo, porque mantuvieron una lucidez extraordinaria en el plano intelectual, ético y estético, hasta el último momento. Isaac Felipe Azofeifa se fue antes de entregar su cuerpo (casi un año de

presencia física sin conciencia), en una lucha que el poeta avisó de manera premonitoria en uno de sus últimos poemas.

El maestro Azofeifa fue docente destacado y diplomático, y ante todo, exponente de la poesía del país. Optó por las vanguardias hacia el fin de los años cuarenta, se mantuvo en este credo por varias décadas, pero supo asimilar las nuevas estéticas con la flexibilidad de una perspectiva siempre joven. De hecho, nunca dogmatizó sobre estética alguna y supo estar atento a la voz de los nuevos poetas. Mediante una incansable vida política, supo defender las causas de la dignidad nacional y la defensa de los sectores sociales más vulnerables. Esta opción se manifestó en distintos partidos que, apoyados por él, se perfilaron como alternativa en el país.

Fabián Dobles, como Zúñiga, fue militante del Partido Vanguardia Popular durante gran parte de su vida y estuvo ligado a actividades de defensa de las causas sociales, mientras producía una vasta labor narrativa. En ella se destacan distintos ambientes y personajes rurales costarricenses. El realismo social, dominante en sus trabajos narrativos, también le dio un carácter especial a su poesía, menos conocida en el ambiente costarricense que solo prestó oídos durante décadas, a la producción emparentada con las vanguardias poéticas.

Francisco Zúñiga Díaz, desde un pensamiento político similar, realizó una elección muy distinta. Se dedicó a trabajar con los sectores populares de manera directa. Fundó talleres literarios en Turrialba, San Ramón, Puntarenas, Las Juntas de Abangares y en varios barrios de San José centro. Asumió los gastos de su desplazamiento por el país y, de ese modo, brindó la oportunidad de conocer el trabajo literario a grupos sociales que no habrían podido disponer de otro acceso. Además, creó pequeñas editoriales que dieron vida a las obras de sus discípulos. Su creación literaria se nutre de la tradición clásica española, en especial, de la picaresca y la parodia.

Tres personas intachables, cuya fortaleza ética los llevó a dar aportaciones muy valiosas en distintos planos, se han ido, cuando se diría que se resquebrajan bastiones muy importantes de la nacionalidad costarricense.

POESÍA DE ISAAC FELIPE AZOFEIFA

ABRIL

Abril me pertenece.
Él regreso sin remedio.
Pasa y desaparece. Es un juego.
El juego de la edad -mi edad- y
el tiempo que se cueca entre los dedos
como un agua que fluye y fluye.
No como aire, no, porque la edad
se queda. Tiene antes y ahora.
Tiene ayer y mañana.
Siempre ocurre, hasta que un día
no es edad, es muerte.

Dices entonces: pasó la vida,
ya fue, ya no es de aquí.
Pero era yo quien estaba,
cuando me iba y volvía
a ese abril pasado, sumándolo.
Era la vida corriendo como agua,
transcurriendo,
 discurriendo,
 recurriendo,
sin descanso,
 sin cansancio,
de uno a otro abril,
siempre el mismo abril,
siempre el mismo siempre.

Abril me pertenece
hasta mi muerte¹.

AUSENCIA TUYA

Cielo de octubre en marzo fue cubriendo
la tarde. El día lloraba lento la ausencia tuya.

Lejos,
la ciudad como un río se arrastraba
entre silencios y ruidos
mientras aquí,
tan cerca de mí que pude ser yo mismo,
un desolado pájaro daba un canto triste
al aire gris,
a la ceniza,
al humo
en que tu forma ausente se convertía².

MENSAJE

Buscarle entre la tropa de gentes que va y viene
como un niño perdido

Estar en guardia, guardándome.
Moverme calculando, sin despertar el aire
-como pluma-
para no despertar tu ausencia.

Pensar el gesto, el ademán,
el tono de la voz, de modo que
solo una cierta sonrisa de la sombra sea
este ir y venir, este entrar y salir
como dicen que los ángeles pasan.

Y eso hago porque, de pronto,
tú estás ahí mirándome
y te escucho
en el vacío que llevo dentro
y repito tu clave, nombre amado,
deseando leerte los versos que he escrito
para ti; pensando
cuándo poder decirte
con un beso total esto que escribo³.

2 Inédito.

3 Inédito.

CUENTO Y POESÍA DE FABIÁN DOBLES

EL PUENTE

-Ahí donde usted lo ve, ese puente no es cualquier puente. Tiene nombre. Nosotros se lo pusimos, sí señor. Mire la placa; dice que lo construyó un gobierno, pero miente. Nos lo jalamos muchos, a puro tendón. Pero sobre todo lo puso aquí, de lado a lado, un hombre. Por eso lo llamamos el Paco Godínez.

Mi bestia resopló a toda nariz cuando en mitad del puente nos detuvimos a leer la placa, arriba un tropel de sabrosos nubarrones, abajo el río esa mañana más Toro que nunca, pero no Amarillo: chocolate rugiente.

Era octubre y había llovido tieso y parejo toda la noche anterior. Veníamos de casi nadar en barro y a poco más volvíamos a hacerlo camino adentro.

Cuando después desmontamos yo ignoraba aún que aquella casa y su corral habían sido de Paco Godínez. Un niño con machete al cinto y sombrero de lona lo atravesó arreando una vaca seguido de su perro. Una mujer olorosa a humo de cocina saludó a mi ayudante con torrenciosa efusión de viejos conocidos; me estrechó a mí la mano y nos pasó adelante.

-Sí, cómo no, pueden dejar el equipaje aquí y alojarse, si cuando mi hermano vuelva no se opone -respondió a nuestro pedimento-. Hay un cuarto disponible; otro ingeniero lo ocupó hace unos años.

En la pared de la tosca salita había un retrato que, desde sus ojos pequeños y punzantes, nos miraba.

-Ese era Paco Godínez, sí señor -dijo mi ayudante-. Cuando me fui a Limón a buscar horizontes así estaba; de unos sesenta años ya, tal vez.

...

Mi ayudante con la mira y yo con el teodolito, al día siguiente comenzamos el trabajo de medición topográfica para el proyecto vial. Él conocía bien su zona natal y me resultaba doblemente útil.

Una noche de aquellas, sentados en el corredor de la casa, me dijo:

- Allá, un poco arriba de donde ahora está el Paco Godínez, estuvo el andarivel. El lo hizo con la ayuda de mi tata y los demás. No sé como, pero ese hombre se las sabía todas; se gastaba una cabeza y unas manos que ya se deseara uno. Mire, si otros podían capar chanchos y ayudar a parir a una yegua en apuros, Godínez podía con eso, pero también destazar a la perfección o herrar caballos como un maestro. Si mi tía Honoria era un catecismo en yerbas medicinales y cataplasmas, Godínez no sólo le daba punto y raya, sino que se iba a Guápiles regresaba con la receta que de veras salvaba. Agarraba una terciopelo viva como jugando, no más para explicarnos, haciéndolo él mismo, cómo los entendidos le sacaban el veneno para el butantán, o nos preparaba un unto para chanchos y reses que les espantaba como con la mano los vampiros. Sí señor. ¿Qué otros podían con la carpintería? Pues él lo hacía mejor, a más de albañilería y cosas de electricidad, como aquella vez que trajo un generador de automóvil con su batería y lo puso a caminar a fuerza de agua y a encender cuatro bombillas. Apostó a que se podía y ganó. Sí, de todo; un día vino un cura y dijo misa al aire libre. ¿Sabe quién se la ayudó? Quién iba a ser: Godínez. Y por Godínez mi tata y los demás, que ahora tienen ya escrituradas sus tierritas, no las perdieron. Hizo reuniones, redactó memoriales, consiguió firmas, fue yo qué sé cuántas veces a Puerto Limón y a San José a dárselas con abogados y jueces, el Resguardo lo agarró preso en dos o tres de esas, y en la última si no es porque entre todos nosotros lo rodeamos hasta con escopetas algunos para jugar-nosla con él, le dan fuego a su casa, que entonces era apenas un rancho. Adió, pero se salió con la suya. La compañía bananera, que estaba vendiendo a los Sotillos todas esas tierras ahí para allá, no pudo desalojarnos; a la postrera no pudo, como tampoco lo pudieron endespues los Sotillos, esos mismos que tanto y cuánto pujaron para que no se hiciera el andarivel. Ha visto; se oponían, según Paco Godínez, porque con el andarivel se les iba a cundir aún más de parásitos todo esto y ellos por el momento tenían suficiente con toda la tierra del otro lado del Toro Amarillo para sus cacaotales y cortas de madera, y querían las de acá queditas y en paz para el futuro. Pero, sí señor, ya le digo, se les volvió a atravesar el hombre como quien dice un diablo en medio del camino, y que ni que fuera un ingeniero consiguió no sé con cuál ministerio o si con la municipalidad de Limón el cable y las poleas, nos animó a todos a trabajar en la cosa y en un mes pasó él de primero. No sabe cuánto nos costó jalar con un tren

de mulas los gigantones de manú y más todavía parar y enterrar el de acá, y más todavía pasar el otro al lado de allá para lo mismo, y se nos vino el condenado abajo, y los volvimos a parar, y se nos volvió a venir, hasta que al fin lo pudimos con un tecele que improvisó Godínez. Y toda para aquella desgracia. Sí, muy al pelo el andarivel. Pasábamos, aunque fuera en aquel como trapecio de circo, porque para hacerle canasta no hubo material y uno se sentaba en el palo atravesado y a jalar el chicote se ha dicho. De un lado al otro, y a la visconversa. Hasta hubo vez que por recrecido el río más de un novillo pasó guindando y bramando a aquella altura de mareo, bien amarrado al trapecio. Hasta que, bueno, tenía que pasar, se le mató la propia mujer a Paco Godínez. El palo de sentarse estaba como quien dice quebrantado o le había entrado el hongo y en mitad de allá arriba se fue enterita al río. Y lo peor, con el menor de los chiquillos. Iban tierra afuera a lo que viera un doctor, porque Paco Godínez pensó que podía ser cólico misirere y para eso él si que no, por mucho que supiera.

Caray, sí, qué gran golpe se llevó el hombre. Porque si era muchos en el hacer y el gozar, lo era también para sufrir. Que lloró, lloró, y cómo. Pero así que le amainó el temporal más fuerte -meses y meses de quedarse mudo y sofo como caballo amorriñado- dijo que era que ese bandido Toro Amarillo se había desquitado con él por haberle como quien dice puesto cincha.

«Pero para ese toro mostrenco estamos aquí otros toros más bravos» fue lo que se nos dejó decir cuando se arrancó la estaca del corazón y nos volvió a reunir. «El andarivel no sirve. Ya se ve que es una temeridad. Antes se ahogaba gente. Ahora se nos cae y el río se la traga. Tenemos que hacerle un puente con todas las de ley. De hamaca.

Los más viejos se volvieron a ver entre ellos como pensando «está loco». Uno le preguntó cómo y con qué, en estas remotidades.

«No tenemos ni en qué caer muertos», se le oyó a otro.

«Y si con qué tuviéramos, mejor sería para comprar más chanchos o algunos novillos», dijo mi tata.

Pero Paco Godínez, sí señor, se paró en medio de todos y gritó:

«No me van a dejar solo esta vez. Me van a ayudar, hombres. Tenemos que demostrarle a ese río que también podemos ponerle freno y albarda con todo y la grupera.»

Y fue entonces cuando como que, de veras, sobre todo los más muchachos, comenzamos a soñar. Sueño de puente, sí. Con bastiones de mampostería con cables así de gruesos, y abajo tabloncitos seguros para pasar como meciéndose, como bailando. Y no tendríamos

que sacar los sacos de maíz y los racimos de plátano y los chanchos cebados colgando como congos de aquel maldito andarivel. Y los más jóvenes fuimos a la casa de Paco Godínez, le dijimos que contara con nosotros, y él nos alzó a ver endemoniadamente contento.

«Convenzan a sus tatas, potrillos. Díganles que todo se puede si los hombres lo quieren». Y los convencimos. Volvieron otra vuelta los memoriales de Paco Godínez con las firmas de todos, las idas en grupo a Limón, a San José, a los infiernos mismos... «a humillarse como pordioseros con los diputados-, se reía el hombre-, con tal de tener el puente.» Y a punta de yeguas y mulas dos años después fueron llegando cables gruesos, y cajas de tornillos con tamañas tuercas, y arena y cemento y algunos albañiles con su capataz, aunque el capataz de verdad lo resultó siendo Paco Godínez.

Hubo puente, sí señor, sólo que angosto y algo bajo, muy pegado al río, y en la crecida de uno de esos años nos llevó la trampa porque el Toro lo arrastró. Se sacudió la albarda el condenado.

Yo, por entonces, me fui para Limón. Eramos muchos hermanos y quería aprender cosas. Pero antes oí a Paco Godínez jurar hecho un demonio que eso no se quedaba así. «Más amarillo te vas a poner, de rabia, cuando te hagamos un verdadero puente que no podás llevar, Toro de los diablos», gritó estando con otros viejos mientras se tomaban unos tragos frente a los bastiones desquiciados.

Ese puente es este, el Paco Godínez. Antes pasaron años, que sé yo más cuántos memoriales y viajes a la capital y formación de juntas progresistas y esperanzas y decepciones. Si hasta, lo que fue demasiado hacer y demasiado dar, Paco Godínez le ofreció la adhesión a un candidato que detestaba y le prometió que todas las familias de acá del río votarían por él si les volvían a hacer puente o por lo menos les mandaban suficientes materiales, que ellos traerían a como hubiera lugar. «Sí, vecinos -dicen que dijo-, ya ven que ahora asoleo tantas canas hasta regalo mi conciencia, pero es porque lo necesitamos. Qué Toro Amarillo ni qué albarda. El río no tiene la culpa. Es como es, ya está, pero él no lo sabe. El jodido hace lo que puede y nos da buen bobo y buen guapote a cambio de los muertos que se ha tragado. Mas no progresamos si no le volvemos a doblar el espinazo con un gran puente de fierro.»

Y no ese candidato, no señor, que cuando subió a Presidente qué va a ser, si te vi no me acuerdo con Paco Godínez y los demás: otro gobierno, cinco años más tarde, les mandó los materiales y varios trabajadores. Otra vez viejos y jóvenes sacaron tiempo al tiempo y fuerza a sus fuerzas para ayudar, pero ahora los dirigía un ingeniero en persona.

-¿El mismo -interrumpí- que se alojó en nuestro cuarto?

-El mismo, sí -respondió mi ayudante-. Paco Godínez tuvo tiempo para entabicárselo bien y arreglarle una buena cama. Y por cierto el ingeniero no perdió el tiempo. Dejó también por ahí regado a su hijo mientras dirigía los trabajos. Le dio un nieto a Paco Godínez. El único fue que este no pudo saber... porque ya terminada la obra, cuando se agachó a levantar un cajón de herramientas en la pura mitad del puente, cayó redondo al piso sobre los tablones de cachá que él había ayudado a rajar a punta de cuña y mazo. Lo alzaron como muerto, y aunque la peleó unos días, no hubo Dios posible. Hasta allí se la prestó. Eso que llaman infarto, creo.

Usted leyó la placa. La vinieron a fijar con todo y cura, comandante, gobernador y ministro de transportes. Era domingo, y a esas inauguraciones les ponen periódico y música. Pero la comitiva se encontró con la sorpresa: mi tata y otro vecino cuidaban el puente del lado de allá. Lo habían cerrado con dos hilos de alambre de púas.

«Aquí no pasa nadie» dijeron.

¿Se habían vuelto locos? El ministro enrojeció; se desconcertó el comandante avanzó con la mano en la cartuchera de su revólver y entonces mi tata y su compañero levantaron los machetes.

«Un momentico, señores; hágannos caso, por favor, o tendrán antes de matarnos», volvieron a decir y señalaron la otra orilla.

Allá se alcanzaba a ver apenas sombreros de hombres y cabezas de mujeres y un ataúd de cedro, labrado la víspera por la tarde. El sol mediodía chispeaba en los bocados dejados en su lomo por la tela.

«Primero pasa el entierro»⁴.

⁴ Ibídem, Dobles. *Obras Completas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial de la Universidad Nacional. 1993. Tomo IV, pp. 463-468.

LÁBRAME

Asierra, vida, asierra.
Lábrame el corazón
hebra por hebra.
Muéleme la resina.
Haz tu madera fina.
¿No soy cedro en sazón?
Llévate el aserrín y la corteza.
Lábrame la razón,
Lábrame la razón de palo en bruto.
Líbrame el corazón⁵.
1960

LAS ALFORJAS

Prepárame las alforjas, madre,
que me voy de viaje.
La talega de la espalda
Hénamela de sueños.
La talega que va al pecho,
cólmamela de amores.
Hoy nacieron en mis ojos, ojos,
y de mis pies brotaron caminales.

Mira ese monte, madre.
Escucha el río.
De andar tengo. Alguien que llama.
Alcánzame las alforjas,
y no me esperes hasta mañana⁶.
1957

5 Fabián, Dobles. *Op. cit.*, tomo V, pp., 291.

6 Fabián, Dobles. *Op. cit.*, tomo V, pp., 289.

POESÍA Y CUENTO DE FRANCISCO ZÚÑIGA DÍAZ

QUIJOTESCA

Lánguida y bobalicona me pediste
que fuera en tu vida tu manchego.
Tu caballero andante -no andariego-
tu Caballero de Figura Triste.

¿Que sea Don Quijote? ¡Vaya un chiste!
No te creas, mujer, que soy borrego.
El desfacer entuertos no es mi juego.
En hacerlos bien puede que me aliste.

Te sientes Maritornes, de seguro
-jamás la Dulcinea de la Mancha-
pues para de eso ser te falta cancha.

¡Dulcinea con piernas de canguro,
un ojo bizco y un andar de pato!
...¡Maritornes, serás para un buen rato!⁷

T. Joroba, seud. *Del amor y algunos entredichos*. T. Joroba, F. Zele. San José: Ediciones Zúñiga y Cabal, 1995, 86 pp.

ITANGO QUE ME HICISTE MAL...!

A Guillermo le apasiona el tango. En su juventud, no muy reciente, lo bailaba con Ester en los salones, cuando la músicaailable era diferente: propiciaba la entrega. La juntura de los cuerpos confluía en el engarce de las almas.

Fue un amor corto pero profundo: no pudieron sostenerlo porque el baile había sido el medio de fusión y su huella la causa de la ruptura. ¿Qué será de la vida de Ester? La soledad del apartamento de Guillermo se enzacadilla entre recuerdos. Con ellos la fotografía de Ester: sonrisa balanceo, quiebros, remezones, cadencia y lentitud: pasión y drama, como el tango.

¡Quisiera hablar con Ester...! No cuelgue, la tarde es triste, me siento sentimental... Ester ya sé que no existe, charlemos, usted es igual. Charlando soy feliz, la vida es breve, soñemos en la gris tarde que llueve; hablemos de un amor, seremos ella y él, y con su voz, mi angustia cruel será más leve...

El salón de baile resplandece. La media luz está hastiada: tiene premura de volverse, como años atrás, intermediaria de caricias. Las mesas, a los lados de la pista de baile, se van surtiendo, gota a gota. Los trajes de la clientela vocean alegría, elegancia. La calidez se ensancha, volviéndose erótica. Ester, igual que siempre, está hermosa. Cada vez más soberbia. La orquesta rompe su anonimato, se tira a pista: Fantasmas del pasado, perfumes de ayer, que evocaré doliente plateando mi sien; bandas de recuerdos de un tiempo querido, lejano, florido...

Guillermo bailó como en los viejos tiempos. Ester también. Volvieron a fundirse sus espíritus. Recrearon las cadencias del tango: «Tengo miedo de las noches, que pobladas de recursos encadenan mi soñar...»

Ester, cuando dejó el barrio, también apiló los recuerdos. Y como él, sentía constantemente el parpadeo de las luces, invitándola al retorno. Al encuentro con Guillermo.

La música terminó: Gardel se hizo eco empotrado en las recámaras. Guillermo y Ester, a un mismo tiempo, dirigieron sus manos trémulas hacia las perillas de sus radios. El sueño, como las otras noches, seguiría escamoteándoles la vida.

A Guillermo le amaneció una mañana sosegada. Sólo, pero plácido. El bandoneón del tango se la mantenía adentro. Ester volvió a ser su recuerdo, pero horror de desazones: la Ester del tango, sin huella, sin nada.

Cuando golpearon sobre la puerta fue a abrir. El tango del pensamiento, mientras eso, se le hizo tarareo, interrumpido de pronto como si un ventorral desprendiera de su mente la partitura: «Que dice mi mamá (surgió la voz del chiquillo) que le mande la plata de la pensión y que me compre unos zapatos y unos pantalones...»

La nostalgia de Gardel le hizo sus arrumacos y escribió su recado de respuesta:

«Mano a mano hemos quedado: Los favores recibidos creo hártelos pagado y si alguna deuda chica, sin querer se me ha olvidado, en la cuenta del otario que tenés... me la cargás»⁸.

⁸Francisco Zúñiga Díaz. *La encerrona de la chupeta y otros desbarajustes*. San José, C.R.: EUNED, 1996, p. 222.

POESÍA DE GUATEMALA

Luz Méndez de la Vega

EROS

Y...
quedaste únicamente tú,
implacable Amor,
cuando Dios se desmoronó
en mis manos
carcomido de silencio
e inalcanzable altura.

Tú y tu dulzor terrible.
Solos y únicos
a la hora pavorosa
de la cuenta estricta,
cuando todo se nos vuelve
mínimo y sin peso,
infinitamente oscuro.

Tú, Dios total,
poderoso y absoluto,
en el sitio preciso de la Nada;
sobre el desolado
territorio del alma,
entre cadáveres
de arcángeles tristes,
soñadores de intacto
fulgor de estrellas.

Tú ¡ingrimamente!
en el enorme vacío
sin palabras,
Y, aunque sólo seas
relámpago efímero,
salto voraz.

sobre otro cuerpo
que hacemos
transitoriamente nuestro;
urgidos de anular el límite
de nuestra piel
y naufragar en otra
como en un mar de oscuros éxtasis.

Tú y tu fugaz olvido
sobre la compartida almohada,
entre la tibia intimidad
de las sábanas,
bajo la noche espesa
de preguntas.
Tú, Rojo Dios,
que haces arder
carne, uñas, cabellos, dientes,
y... hasta el duro
glaciar
del corazón cansado
de triturar alas rotas
y el esqueleto amargo
de los sueños!

ESTAMPA GUATEMALTECA

Primaveralmente envejecidas
por tempranos agobios,
bajo el güipil florido
y el chal policromo,
-madres niñas-
entre el verdor de los caminos,
han ido dejando perdidos
risas y cantos
de alguna infancia apenas entrevista,
ahogada entre los muros
de su antigua cultura
y sumisa servidumbre.

Sin recordar adolescencia
ni haber fabricado sueños,
incomunicadas,
entre el silencio impuesto
por su marginada lengua

Luz Méndez de la Vega. *Antología poética*. Guatemala: Litografías Modernas, 1994. p. 11.

perdida entre las brumas,
-con el último hijo a cuestras-
hundida la cabeza por el peso
del enorme canasto,
caminan junto al perro
siempre detrás del dueño...

Y, éste, adelante,
paupérrimo como ellas,
-cargado también como bestia-
sin embargo, lleva como cetro
de su miserable dominio,
el relampagueante machete.
Mientras, va haciendo la cuenta
de lo poco que ganarán
vendiendo
los hermosos tejidos
y objetos de barro,
que entre cuidados de hijos,
fogón, gallinas y cordos,
fabricó
la silenciosa sombra que
lo sigue por los caminos
que adorna
con su güipil florido
y chal polferomo.
-Estampa guatemalteca
que tanto gusta
fotografiar al turista².

2 Luz Méndez de la Vega. *Op. cit.*, p. 65.

POETAS-TRAGAFUEGOS

Herederos y canibales
de espaldas al tiempo,
con un corazón,
una mano o un pie
-rojo zumo-
entre los dientes,
rompemos el silencio.

Yo,
igual que tú,
igual que todos,
trituro
mástico
ensalibo
palabras
frases
sintagmas

construcciones de sueños
que otros antes soñaron
y no dejaron podrirse
higiénicamente
dentro del cráneo.

Polución de voces
en los sangrantes entintados.
Sacralización de dogmas:
sexo
amor
odio
dolor
y muerte
digerimos
entre malabarismos retóricos
para nutrir esta voz
que deja de ser nuestra
sin poderla rescatar
de lo ya dicho.

Tú y yo
hacemos espectaculares
protecnias
que nos queman la lengua
como las llamaradas
de los tragafuegos del parque,
de mi funambulesco,

asombra
las miradas ingenuas
de los desconocedores del truco,
para que, como a él,
al final, quizás, alguno
nos deje -generoso-
la moneda de un aplauso
en la boca abierta
de nuestro hambriento sombrero.

3 Luz Méndez de la Vega. *Op. cit.*, p. 95.